

África negra: entre la modernidad y la invención cultural

Ferran Iniesta

Son tiempos difíciles para los especialistas en sociedades africanas: cada vez se conocen más datos del pasado y del presente subsaharianos, pero eso no sólo no mejora la comprensión de lo que ocurre en el mundo negroafricano, sino que parece sumergirlo aún más en una bruma compleja de la cual pueden emerger los mayores imprevistos. Nada cuadra con los cálculos económicos, sociales o políticos. Y, sin embargo, todo lo que sucede, por asombroso que resulte al especialista, es profundamente africano en sus raíces históricas, en sus rechazos contemporáneos y en sus propuestas borrosas de futuro. África negra dista mucho de ser un mero juguete de las presiones y transformaciones nacidas de la colonización y de sus procesos modernizadores.

Continente marginal en las preocupaciones de las grandes potencias de finales del siglo XX, ha ido cobrando consistencia en los medios de difusión internacionales por las hambrunas y las guerras, pasándose de los horrores etíopes y somalíes a las atrocidades ruandesas, mientras algunos conflictos sangrientos dejaron de ser noticia por reiterativos en Liberia, Sudán, Chad o Angola. Muy de tarde en tarde, llega algún dato esperanzador con las elecciones multirraciales en la nueva Suráfrica de Mándela, pero por lo general hay silencio acerca de las reorientaciones positivas, ya sea en Madagascar y Benín o en la constitución federal de la Etiopía de Meles Zenau. Una selección de las noticias africanas que pueblan telediarios y prensa oral o escrita nos da una imagen escalofriante de la cotidianidad al sur del Sahara, un mundo en el que no parece que se coma, se juegue al fútbol, se estudie o simplemente se charle animadamente en tertulias rurales o callejeras, un universo del que las informaciones hablan como el lugar predilecto de la muerte, el dolor y la atrocidad. ¿Es así el planeta negro?

Sería apasionante y excesivamente extenso poder hablar del rico pasado negroafricano, desde el antiguo Egipto hasta los grandes imperios del Malí o Gran Zimbabue, desde los templos cristianos de Nubia y Abisinia hasta las mezquitas en adobe de Tombuctú y Djenné o los palacios con grandes

Ferran Iniesta ha sido profesor en las Universidades de Dakar (Senegal) y Antananarivo (Madagascar), y en la actualidad lo es de historia de África en la Universidad de Barcelona. Es autor, entre otras obras, de *El planeta negro. Aproximación histórica a las culturas africanas* (1982).

placas repujadas de bronce en Benín o Ife, desde las caravanas transaharianas con miles de dromedarios hasta las navegaciones malgaches y suajili en el Indico occidental. No era un mundo inerte ni lunar, no era un espacio inhumano o fijado de una vez por todas en una escena costumbrista repetida desde algún arcaico paleolítico. Tampoco eran pueblos felices, sin guerras ni crispaciones internas, como aquellos en los que Petrarca o Mandeville ubicaron la humanidad perfecta, los buenos salvajes africanos de la utopía europea. Como dijo el antillano Césaire¹, las grandes culturas del pasado africano no eran la perfección ni la Idea hegeliana, simplemente eran, con sus atractivos y sus problemas, con sus diferencias respecto a las gentes del Norte y del Oriente.

En la antigüedad comerciaron con fenicios y griegos, con surarábigos, iraníes, indios y malayos, con una intensidad de intercambios que sorprende si nos atenemos a los restos arqueológicos que pueblan incluso el África central, distante miles de kilómetros de las líneas saharianas o índicas. En el período clásico o de esplendor, mejor conocido por los textos en lengua árabe entre los siglos VII y XVI, aquellas culturas estaban en pleno crecimiento demográfico y político, con un fuerte dinamismo interno que les hacía solventar sus crisis con soluciones tecnológicas y organizativas, mientras el islam y el comercio intensificaban las mutaciones de muchas de aquellas sociedades situadas en la sabana contigua al Sahel o en la costa oriental. Hasta el 1500, las noticias que llegaban a Europa del África negra eran una mezcla de fantasías y tesoros, algunos tan reales como el oro del Sudán occidental (Malí, Senegal y Guinea-Gonakry) o el de Sofala en la costa mozambiqueña (procedente de Zimbabue). En esas fechas, la mejor cartografía mallorquina y genovesa no ignoraba que aquella riqueza se generaba en poderosos sistemas políticos, capaces de controlar las rutas y militarmente imbatibles por tierra. La frontera occidental fue, pues, de mar.

Africa en la frontera de Occidente

Quizá no hubo mala fe consciente, simplemente se buscaban ganancias y la curiosidad tecnocientífica se hallaba a disposición de esa búsqueda afanosa y estatalmente organizada. Como se ha dicho de Colón en sus descripciones americanas, los Gama y Albuquerque apreciaban mejor la belleza de los paisajes que la de sus habitantes, tal vez porque como le espetó el samorin de Calicut al descubridor portugués “pareces más interesado en descubrir piedras –preciosas– que no hombres”². Fue esta obsesión por acaparar bienes materiales lo que dio a la relación euroafricana su marcado acento mercantil y su escasa profundidad en las relaciones culturales. Inicialmente, cuando el oro y la plata americanos todavía no circulaban abundantemente en Europa, los productos africanos exportados eran sobre todo oro, marfil, pimienta malagueta y esclavos, estos últimos en reducido número. Hasta mediados del siglo XVI, con la efectiva colonización del litoral brasileño, sólo las plantaciones de caña de azúcar de la isla ecuatorial de Sao Tomé realizaban un importante consumo de mano de obra esclava, procedente del reino de

Congo y sus dependencias: pero la sangría aún estaba muy localizada y no afectaba al conjunto subsahariano.

Pronto variaron las condiciones mundiales, con el establecimiento generalizado de plantaciones en América y con el exterminio de gran parte de los pueblos amerindios. La demanda de esclavos africanos, buenos agricultores y bien adaptados a los climas tropicales, empezó a adquirir dimensiones asombrosas, al tiempo que el oro y demás productos de África quedaban devaluados ante la avalancha de metales preciosos americanos. Los poderes costeros negroafricanos –estatales y de clanes– sólo percibieron la oportunidad de fortalecer su prestigio y riqueza frente a los vecinos del interior, a los que hostilizaron de modo permanente con el objetivo de surtir de esclavos a los navegantes europeos que atracaban en sus ensenadas. Si inicialmente se limitaron a deshacerse de los prisioneros ocasionales, de los delincuentes o de los opositores políticos, esos poderes pronto pasaron a un sistema endémico de guerras en los confines interiores³. Con ello, desde el siglo XVI hasta el XIX, la militarización de los pueblos africanos se generalizó y las tensiones internas se resolvieron esclavizando a los sectores más desvalidos: un lento pero profundo proceso de crispación social paralizó la demografía, brutalizó los comportamientos y banalizó la vida humana hasta límites entonces desconocidos. Las “piezas de Guinea” –como eran fríamente denominados los esclavos en América– tuvieron su correlato africano en la creciente insensibilidad ante el sufrimiento y la muerte de millones de asesinados y exportados⁴.

Para la historia contemporánea, para el acontecer de 1994, las hipótesis sobre el número de esclavos exportados hacia las plantaciones americanas tienen una importancia relativa, tanto si se trata de las posiciones minimistas que cifran en unos diez millones los esclavos efectivamente desembarcados en el nuevo mundo, como si se refieren a posturas maximalistas que pueden evaluar las pérdidas internas del continente africano en 150 e incluso 200 millones a lo largo de cuatrocientos años de trata negrera. Lo que efectivamente posee importancia capital es comprender que si África subsahariana disponía –en cálculos muy bajos– de 95 millones de habitantes al filo de 1550, en 1900 sólo alcanzaba los 90 millones de individuos en el primer censo colonial⁵: en ese lapso, el resto de las regiones del mundo había cuadriplicado su población, incluida la América del desplome indio, mientras al sur del Sahara se había producido una insólita parálisis demográfica, rayana en la regresión. Los pueblos de la zona fueron sin excepción afectados por la guerra, la inestabilidad, el endurecimiento en las relaciones de dependencia, el abandono de numerosas tareas agropecuarias, la marginación y desvalimiento crecientes de mujeres y niños, la transformación del pensamiento religioso y artístico en sistemas de terror y coacción. Ese fue el mayor empobrecimiento de unas culturas que aún en el siglo XVI se hallaban en ascenso.

A finales del pasado siglo, en el momento en que las potencias europeas emprendieron la conquista militar al sur del Sahara, las sociedades a las que se enfrentaron se hallaban debilitadas en sus efectivos humanos y endurecidas en sus comportamientos. Cuando Europa puso fin a una frontera escla-

vista de cuatrocientos años, lo que halló frente a sí fue la deformidad que su anterior demanda había producido: pueblos fragmentados, temores generalizados, violencia desencadenada. Por eso los panegiristas de la ocupación europea de África hablaron de “pax colonial”⁶, aunque omitiendo el régimen generalizado de trabajo forzado que hacía rentable la obra civilizadora. Con la introducción masiva de la medicina colonial en los años treinta para evitar la elevada morbidez de unas poblaciones que trabajaban mal y morían mucho, se inició lentamente la recuperación demográfica africana: pero ni las infraestructuras coloniales ni los hábitos ancestrales africanos se encontraban preparados para semejante novedad, y los resultados negativos se volverían perceptibles algunas décadas más tarde.

El sueño colonial de los nacionalistas

La urgencia de las administraciones europeas en África fue siempre alcanzar la autosuficiencia en términos económicos. La dificultad para alcanzarla era la limitada riqueza de los suelos africanos⁷ y, de modo muy destacado, la imposibilidad de disponer de la mano de obra africana como si de esclavos de plantación se tratara: pese a los siglos de guerras negreras, las poblaciones africanas se presentaban articuladas tanto en el plano familiar como en el religioso y el político, haciendo muy peligroso un comportamiento europeo que tratase de romper por la fuerza esos entramados sociales profundamente enraizados. Con mayor o menor propensión al centralismo administrativo⁸, los colonizadores tuvieron que llegar a acuerdos con los jefes políticos y religiosos, sin cuya colaboración las revueltas habrían liquidado cualquier beneficio. Y esto no fue bastante, porque tuvieron que recurrir a la formación escolar de pequeños núcleos de africanos para que desempeñaran un papel subalterno en la administración, el ejército y en tareas de intérpretes, grupos occidentalizados capaces de entender la lógica moderna colonial y las maneras tradicionales africanas de pensamiento y acción.

El pequeño –numéricamente– sector de occidentalizados, salido de escuelas públicas o misioneras, tendría siempre una función ambivalente para el sistema colonial: reconocidos por la población como jóvenes en ascenso social y por lo tanto bien situados para facilitar ayudas y favores, tenían de sí mismos una alta concepción en cuanto modernizadores de sus pueblos, a los que juzgaban atrasados según la óptica de sus maestros europeos. Los occidentalizados nunca perdieron conciencia de su peso político –ya que no económico– en el conjunto de la población, en cuyo seno buscaron apoyo, pero sobre cuyos comportamientos tradicionales tenían graves reparos cuando no menosprecio ilustrado. Esta ambigüedad fundamental, forjada a comienzos de nuestro siglo, llega hasta nuestros días y sigue siendo el talón de Aquiles de los países africanos, fracturados entre minorías occidentalizadas que sueñan con una modernización al estilo colonial, y la mayoría de la población que no entiende ni el individualismo ni la concepción capitalista del trabajo⁹. Las más de las veces, a los occidentalizados se les olvida que el buen –discutible– funcionamiento de la etapa colonial se hizo bajo la coac-

ción armada y contra la voluntad popular: por esa misma razón las gentes dieron su apoyo entusiástico a los oxidados que encabezaron la lucha por la independencia.

Panafricanistas radicales como Nkrumah, socialistas africanos como Keita o Nyerere, liberales como Houphouét Boigny o Ahidjo, marxistas pretorianos como Kerekou o Mengistu, leninistas como Machel o Neto, defensores moderados de la negritud como Senghor o Tsiranana, tradicionalistas pragmáticos como Kenyatta o Mobutu, los líderes de la independencia fueron todos ellos partidarios decididos del modelo desarrollista introducido en África por el sistema colonial al que muchos de ellos habían combatido enérgicamente. Los dirigentes de la nueva África, a inicios de los años sesenta, apostaron todos decididamente por programas de progreso económico, basados en una economía de sector primario orientada a la exportación, tal como lo habían establecido previamente las antiguas metrópolis coloniales¹⁰. Con matices en las políticas de cada Estado, el ideal reconocido por los gobiernos independientes fue emular por vías rápidas los logros sociales y tecnológicos del modelo capitalista o socialista del Norte, ese Norte que es en su conjunto la moderna cultura de Occidente. Con variaciones de derecha o izquierda, alineándose con el bloque del Este o del Oeste, el sueño de la élite moderna de África fue entonces y ahora culminar el empeño colonial aunque sin recurrir a los métodos coercitivos de los colonizadores.

Las angustias del Estado poscolonial

Sorprende a cualquier espectador no familiarizado con la historia africana que toda o casi toda la infraestructura moderna –carreteras, vías férreas, puertos, electrificación, hospitales– sea la que ya puso en pie la administración colonial. Ferrocarriles como el de Mombasa a Nairobi, el de Dakar a Bamako o los que cruzan Suráfrica y la enlazan con Zimbabue o Mozambique son viejos trazados de finales de la pasada centuria o inicios de la actual. Los escasos centenares de kilómetros recientes, en Camerún, constituyen una anomalía en la inactividad que preside el período de los Estados independientes. Lo mismo puede decirse sobre las restantes construcciones que permiten identificar la modernización. Este dato, de fácil constatación estadística, parecería poner de relieve alguna incapacidad congénita de los africanos o tal vez de sus gobernantes, según la postura política del occidental que lo considere: la realidad subyacente es otra.

Durante los años sesenta, en los que los precios se mantuvieron estables en el mercado internacional, algunos gobiernos efectuaron ciertos trabajos de infraestructura, pero sobre todo crearon industrias o facilitaron la inversión extranjera en ese ámbito. No obstante, dichos intentos no prosperaron porque el objetivo de un desarrollo según el modelo colonial de creación de grandes excedentes en base a una productividad de corte industrial nunca fue asumido por la población, que se creía liberada de la coerción europea. Cada realización viaria, de irrigación o industrial generaba impopularidad de los gobiernos que se mostraban emprendedores a ojos occidentales, y en el

plano interno restringía la legitimidad de los partidos en el poder. Y ese ha sido el primer factor que ha escapado a los analistas del Norte, que la legitimidad del poder independiente no procedía de sus realizaciones modernizadoras, sino justamente de ser una ruptura efectiva con la fase colonizada¹¹. Modibo Keita en Malí, Kwame Nkrumah en Ghana o Milton Obote en Uganda ya habían perdido su popularidad cuando fueron derribados por el ejército, precisamente como rechazo de esa fiebre constructora que tan celebrada era en Occidente como signo de progreso irreversible.

El paisaje industrial de muchas zonas africanas se asemeja hoy a las pinturas románticas en las que las altas hierbas y las plantas trepadoras recubren antiguas fortalezas o templos. Aserraderos coloniales herrumbrosos en Guinea Ecuatorial, plantaciones de yute o café reducidas a unas pocas parcelas en la costa oriental, fábricas en ruina en Madagascar o Malí, dispensarios abandonados y hospitales envejecidos y carentes de medicamentos son la otra cara de lo que en su día fueron brillantes datos estadísticos de la modernización. La teoría que atribuye esta realidad poscolonial a la gestión corrupta de los régimes nacidos con las independencias sólo señala la porción menor del problema. La corrupción existe, no como tal sino como resultado de una antigua concepción patrimonial del poder y de una tradición pertinaz de redistribución de recursos a familiares o a dependientes lejanos, pero el abandono de toda acción de envergadura se debe a la necesidad gubernamental de no interferir en la vida local. La renuncia de los Estados a obtener medios por la vía impositiva les permite mantenerse, pero no desplegar una política de modernización: eso se confió primero a las divisas procedentes del comercio internacional y luego a los créditos del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional.

En poco más de tres décadas, las exportaciones se han ido reduciendo con la ayuda del bloqueo de los precios pagados por los productos agropecuarios y mineros. Las zonas rurales en las que se hundió el sistema colonial de plantación en la Uganda de Idi Amín no necesitaron rebelarse, porque pasaron a una estricta y eficaz economía de autosubsistencia, y así ha sido en gran parte del continente. El riesgo de explosión social se ha ido concentrando en las ciudades, hipertrófiadas y carentes de recursos propios suficientes, y ese ha sido el sector que los gobiernos han tratado de mantener estable combinando la represión policial con la subvención a productos básicos como el arroz o el trigo. Y tales subvenciones, inicialmente realizadas con los fondos obtenidos de las exportaciones, se vienen manteniendo con los créditos internacionales desde los años ochenta¹². La dificultad en 1994 es que los créditos están desapareciendo, parcialmente a causa de las pocas probabilidades de devolución al Banco Mundial y FMI, pero también porque el derrumbamiento del bloque socialista inutiliza el recurso africano a la amenaza comunista o imperialista, que en el pasado dio indudables resultados.

El dilema actual de los gobernantes africanos es cómo intervenir eficazmente para crear estructuras que favorezcan una mayor productividad que la tradicional con créditos escasos y sin aumentar la presión tributaria, que sin duda llevaría a nuevos estallidos sociales. La devaluación en un 50

por cien del franco CFA en 14 países del continente produjo ya entre enero y marzo de este año revueltas en Cotonú, Dakar y otras capitales afectadas por la drástica medida, tendente fundamentalmente a recibir ayudas del FMI, sin las cuales muchas administraciones apenas podrían cubrir los salarios de sus funcionarios. Sin embargo, para casi todos los gobiernos la dificultad principal sigue siendo forzar –por vía tributaria– la productividad de sus poblaciones, pero no cualquier productividad sino aquella orientada exclusivamente a la exportación. Franquear ese límite, arriesgarse a convertir el Estado africano en una estructura eficiente, transformadora y marcadamente impopular es el desafío ante el cual los gobiernos vacilan, tal vez porque al hacerlo perderían su última parcela de legitimidad como ya le sucediera a Thomas Sankara en Burkina Faso.

De Somalia a Ruanda, el calvario del Estado-nación

Hace unos mil años, los pueblos de la Europa central y occidental se hallaban en su gran mayoría establecidos en sus actuales regiones y muchos de ellos habían ya configurado Estados relativamente homogéneos desde un punto de vista étnico. Pero para alcanzar el mapa político actual fueron precisos más de quinientos años, con políticas burguesas tendentes a la uniformización cultural en el seno de los sistemas políticos multiétnicos y sin llegar en ocasiones a soluciones de cierta estabilidad, como lo prueban los cambios recientes tras la desintegración del bloque soviético. Algo semejante podríamos decir de buena parte de pueblos africanos, ocupantes seculares de sus tierras de hoy, con ligeras variaciones por lo general; la particularidad africana es que no ha existido el moderno proceso europeo de construcción de Estados nacionales, con fuerte ideología uniformadora. E incluso podríamos considerar que esa no ha sido una excepción del Sur, sino más bien nuestra, occidental. El continente africano, con treinta millones de kilómetros cuadrados de los que un tercio son desérticos, ha dispuesto desde antiguo de amplios espacios colonizables por los agrupamientos humanos. Con grandes llanuras arboladas y de sabana, las regiones subsaharianas rara vez han sido vacíos culturales, aunque muchas veces la densidad de ocupación haya resultado baja: pueblos diversos se han superpuesto, tras pactos o conflictos abiertos, formando complejos entramados sociales sobre un mismo territorio, sin necesidad de expropiaciones ni exclusiones en el uso de los recursos naturales.

Así, un imperio tan gigantesco como el Malí medieval –de superficie superior a la Europa no rusa– estaba encuadrado por los maninka o manding, pero en su seno se hallaban pueblos pastores como los pehl o fulbé, agricultores como los takrurí y wolof, pescadores como los somono y sorko e incluso antiguos reinos que preservaban sus instituciones y ejércitos como los soninké de Dia y los sonray de Gao. En el Sureste continental, ya en el siglo XV, los karanga del Mwene Mutapa (el Señor de las conquistas) controlaban militarmente todo el curso medio y bajo del Zambeze, manteniendo sometidos a los pueblos que les habían precedido en el área, pero procurando muy

diplomáticamente que la esposa principal del rey fuese siempre una tonga, una mujer de los antiguos pobladores vencidos. Tampoco la hegemonía política de los sonray durante el siglo XVI, en el Níger medio, supuso la imposición de su lengua ni la uniformidad religiosa o judicial sobre pueblos tan dispares como las ciudades-Estado hausa, el Agadés de los tuareg o las ricas ciudades mercantiles de Djenné y Tombuctú. En el África clásica, los sistemas políticos vivían la diversidad como un hecho normal, sin excesivas fricciones.

La época de la trata negrera, con sus secuelas de crispación militar, provocó fuertes desplazamientos de poblaciones, aunque sin variar en lo fundamental una distribución en áreas culturales cuya consistencia puede remontarse muchas veces al primer milenio de la Era cristiana. Lo que sí aumentó fue la interpenetración de culturas en un mismo espacio geográfico y unas jerarquizaciones que pasaron de ser de corte fundamentalmente simbólico a desigualdades más nítidas en el plano de la riqueza material. Sin ser el ejemplo más extendido, los fulbé musulmanes de las montañas del Futa Djalón (en el Oeste) sometieron a esclavitud a maninka, dialonké y fulbé animistas con una insólita apropiación de tierras y rebaños, ya entrado el siglo XVIII. Pero lo habitual, pese a la dureza de los tiempos esclavistas, siguió siendo la aparición de centros de poder –estatales o de clanes– sin aculturaciones ni expropiaciones de los vencidos¹³: los temibles guerreros fon del reino de Abomey nunca se inmiscuyeron en la economía local ni en la religión de los pueblos a los que habían sometido por las armas.

La colonización interrumpió muchos de los procesos de fusión o simple articulación de grupos, fijándolos militarmente sobre territorios y haciendo estallar la unidad política de muchos agrupamientos étnicos en función de las fronteras diseñadas en la Conferencia de Berlín, en 1884-1885¹⁴. En ocasiones, no hubo voluntad deliberada de favorecer a unos pueblos sobre otros, y simplemente se potenciaron regiones estratégicas económicamente, con lo cual se desplazaron los centros económicos y políticos: Tombuctú perdía su importancia frente a capitales nuevas como Bamako y Dakar, centros administrativos y exportadores de la organización colonial europea. Mientras las viejas ciudades establecidas a orillas del Zambeze perdían su función mercantil, emergían los puertos de Beira y Lourenco Marques (Maputo), y en general este fenómeno se repitió bajo todas las administraciones coloniales. Poco a poco, los puntos estratégicos para el esquema colonial dieron mayor relevancia a los pueblos de esas áreas.

Por el contrario, fueron frecuentes las políticas conscientes encaminadas a fomentar los enfrentamientos religiosos, étnicos y económicos de los colonizados. No es cierto, como ha pretendido cierta ideología jacobina¹⁵, que el etnismo o tribalismo haya sido malévolamente producido por la insidia colonizadora, puesto que los pueblos se distinguían perfectamente entre sí en el pasado y las hegemonías integraban por lo general la diferencia cultural, pero no hay duda de qué hubo estrategias administrativas a favor de ciertos grupos y en contra de otros. En Madagascar, la llamada política de razas del gobernador Gallieni, tendiente a debilitar al pueblo merina de la meseta fracasó, pero volvió más insopportable para las restantes regiones la

preponderancia de los malgaches centrales en el aparato del Estado, primero colonial y hoy independiente. Algo semejante puede decirse de la política británica en Nigeria, protegiendo a los sultanatos del Norte hausa y evitando un trato administrativo igual, con lo que fomentaron las diferencias entre las regiones y alimentaron las tensiones que se plasmarían en la guerra de secesión de la meridional –y petrolera– Biafra (1967-1970).

Pero la acción más demoledora contra los viejos métodos africanos de cohabitación cultural fue la introducción de la idea moderna de nación, con sus ingredientes de uniformidad interior y fronteras rígidas hacia el exterior, siguiendo las pautas del siempre inconcluso Estado nacional europeo. Al llegar a la independencia, los nacionalistas africanos –sinceramente favorables al progreso y a los objetivos modernizadores– creyeron llegado el momento de transformar la herencia colonial en una sólida realidad nacional. Puesto que todos los pueblos de la Gran Isla Roja hablaban la misma lengua malgache y compartían la misma cultura, los dirigentes nacionalistas¹⁶ elaboraron una constitución unitaria que aún hoy sigue pesando como una losa sobre una realidad política de grandes diferencias y enemistades históricas entre los que fueron los antiguos reinos malgaches: sakalava o antandroy se enfrentan a merina o betsileo, a los que abusivamente los científicos nacionalistas han identificado en aras a la nación. Cuando en las últimas elecciones (1992), los “federalistas” fueron derrotados, los políticos juzgaron exorcizado el fantasma tribal o étnico, pero la realidad sigue marcando distancias en cada crisis, en cada estallido social.

Una trayectoria parecida ha sido la de los pueblos somalíes, en el Cuerpo de África. Los dirigentes de la independencia dieron por sentado que al disponer de una cultura homogénea (lengua, islam, pastoreo, comercio costero, parentescos de clanes) bastaba con unificar las porciones coloniales ocupadas antes por metrópolis varias. Olvidaron que nunca los ogadeni, los abgal o los isak cohabitaron en el mismo sistema político y que ni siquiera todas las fracciones de un clan han vivido siempre bajo una sola disciplina: el Estado independiente acabó apoyándose en el subclan presidencial, tras fracasar en su política uniformadora, y así se llegó a la aparente paradoja de un pueblo culturalmente homogéneo pero políticamente fraccionado y rechazando un Estado unitario que tenía a liquidar la diversidad histórica de los somalíes¹⁷. No debiera sorprender que sólo en el Somaliland nuevamente proclamado –en el Norte– haya paz, puesto que los clanes armados acatan el arbitraje de los consejos de ancianos y nadie se arroga la administración de un Estado puramente simbólico: pero en la prensa hay silencio sobre esa zona somalí que ha escapado de las turbulencias aceptando la diversidad étnico-tribal.

Mención aparte reclama el conflicto entre tutsi y hutu en los Grandes Lagos. Desde hace cuatrocientos años –y la colonización consideró oportuno reforzar el sistema– los pastores nilóticos tutsi fueron la minoría que señoreaba los países de las colinas, mientras los agricultores hutu –de origen bantú meridional– se hallaban en posición dependiente. Esta jerarquía habría resultado normal de no ser por su asombrosa duración en el tiempo, evitando los guerreros dominantes cualquier acortamiento de diferencias como ha ocurri-

do por lo general en otras áreas. Los dos pueblos comparten hoy cultura, su lengua es la bantú y sus mitos de origen están entrelazados, pero la diferencia social entre ambos sigue siendo muy notoria.

Administradores y misioneros coloniales aprovecharon tan rígida jerarquía y escolarizaron a quienes más preparados se hallaban ya de partida para gestionar la colonia belga o la acción misionera católica. El racismo de la era colonial que tanto se refirió a la superioridad blanca, al carácter taimado del árabe, a la belleza altiva de los tuareg y de los fulbé, o a la superior inteligencia de los merina malgaches o de los tutsi de Ruanda y Burundi, contribuyó a reforzar los estereotipos, las inquinas, las conciencias de pretendidas superioridades y los rencores de los supuestos inferiores. Las condiciones –ya malas antes de la ocupación alemana y belga– empeoraron hasta evidenciarse en los estallidos que acompañaron a la independencia: en Ruanda, los dirigentes hutu acabaron con la hegemonía tutsi y establecieron una férrea dictadura étnica, mientras en Burundi el ejército controlado por los tutsi aplastó al partido hutu vencedor en las elecciones. Desde los años sesenta, las matanzas se han repetido en ambos países, hermanados por la cultura pero enfrentados por una historia de crispaciones.

Las potencias occidentales se han dedicado a aprovechar el conflicto, atizándolo, ya que no lo inventaron ellas. Bélgica da un apoyo sostenido a los tutsi, que reciben también ayuda y armas desde Uganda. La Iglesia católica varió de campo y pasó a denunciar los excesos tutsi en Burundi, cuyos primeros presidentes hutu han sido periódicamente eliminados. Francia, bajo una aparente acción humanitaria de ayuda a los refugiados ruandeses, mantiene su apoyo estratégico a los hutu de Ruanda, a quienes proporciona armas y a quienes en el pasado ayudó a aplastar las revueltas y guerrilla tutsi. No se puede hablar de un conflicto creado por los colonizadores, pero éstos ayudaron y ayudan hoy a agravarlo.

Pretender en Ruanda, en Burundi o en cualquier otro Estado subsahariano el establecimiento de un modelo nacional, centralizado, estrictamente jacobino está colocando a los pueblos de África en situaciones límite. Cuando el Estado etíope adopta una constitución federal y la nueva Suráfrica se apresta a ello, puede que estemos entrando en vías más favorables para la convivencia entre culturas de historia diversa.

Reyes, Estados y proyectos

Hablar en 1994 de África como el lugar del hambre y la violencia resulta parcial e impresionista. Ante todo, la desaparición del bloque socialista no ha generado el anunciado nuevo orden mundial, las guerras endémicas no han desaparecido en Asia ni la masividad de la miseria se ha acortado en América Latina, y ni siquiera el mundo occidental se ha sosegado internamente ni ha cesado de efectuar intervenciones militares de tanta envergadura como la del Golfo Pérsico. Cualquier lectura idílica de la presente realidad planetaria seguiría siendo, por lo menos, excesiva y difícilmente podría concentrarse en África toda la negatividad del despliegue moderno. Sería

preferible hablar de las causas económicas coloniales de las hambrunas, con una asistencia médica que no se acompaña de variaciones sustanciales en la función asignada a los africanos en el mercado internacional. También sería más provechoso para una mesurada valoración de la violencia ruandesa o liberiana, entre otras, situar su génesis histórica y el fracaso parcial del modelo de Estado nacional que los occidentalizados se han obsesionado en imponer contra todo sentido común.

La demografía africana, la de más rápido crecimiento hoy, parece ser la raíz de las insuficiencias alimentarias locales y de las guerras que se desencadenan bajo múltiples argumentos, étnicos y religiosos: pero esta visión se limitaría a ignorar las peculiaridades de un conjunto de culturas altamente personalizadas a lo largo de siglos y a veces de milenios. La sobrecarga de la meseta abisinia en relación a las técnicas agropecuarias tradicionales que las poblaciones siguen empleando podría presentarse como causante del hambre y la guerra; pero no habría que olvidar que las obsesiones nacionistas generaron la guerra del Ogadén y la de Eritrea, arrasando así grandes regiones, arruinando cosechas y deportando poblaciones enteras, mientras las ayudas internacionales eran destinadas a armas de toda procedencia: caben dudas razonables sobre la pretendida superpoblación del área y muchas menos dudas sobre el comportamiento obcecado de los militares etíopes y somalíes.

Atribuir la violencia surafricana únicamente al régimen del *apartheid* explica las consecuencias más espectaculares de la política racista de fragmentación de la resistencia negra; sin embargo, no puede explicar por sí solo la fuerza diferencial de los zulúes y la desconfianza histórica que xhosa, tswana y sotho tienen hacia ellos desde la época truculenta en que el *mfekane* zulú¹⁸ provocó grandes éxodos de los pueblos bantú, antes de la ocupación blanca de la mayor parte del territorio surafricano. Definir el choque entre los chadianos norteños y meridionales como un resultado natural y casi universal de la incompatibilidad entre musulmanes y cristiano-animistas ofrece un dato tan general que nos deja a oscuras respecto a un elemento tan sencillo como que la administración francesa estableció su capital Fort Lamy (ahora Ndjamena) en el sur algodonero, escolarizó a los sedentarios de esa zona y marginó a los pueblos nómadas del desierto: con la independencia, la exclusión de las gentes del Norte, musulmanas y poco escolarizadas, y los abusos de un ejército reclutado en el Sur desató enemistades ancestrales hasta límites mayores y con armas mucho más letales. Las descripciones catastrofistas aclaran muy poco el porqué del presente.

Percibiendo, pues, la coyuntura negroafricana desde un ángulo más amplio que el inmediato, puede entenderse que la mitología de unas democracias multipartidistas que darán finalmente paso al progreso tecnológico no se basa en ningún dato fiable. En primer lugar, porque la práctica histórica de los poderes africanos es patrimonial, y esto supone la apropiación particular –familiar, religiosa o étnica– de los bienes que están a su alcance por vía tributaria o crediticia¹⁹. Luego, habrá que considerar la inextricable relación entre poder y riqueza, con el prestigio que se deriva en África de todo poder capaz de redistribuir recursos, aunque sea en el senti-

do que los occidentales llamamos malversación. Y por último, no habrá que olvidar que la legitimidad de un Estado se ha medido mucho más por su no injerencia en la vida cotidiana de las comunidades locales que no por el intervencionismo modernizador que en Europa ha sido fundamental para crear espacios nacionales de corte burgués: razón por la cual los modelos socialistas al sur del Sahara fracasaron con mayor rapidez que los regímenes manifiestamente corruptos pero inactivos socialmente. La pregunta es si el Estado del año 2000 será modernizador... e impopular.

Otro aspecto de importancia en el África independiente fue y sigue siendo el de los jefes políticos carismáticos. Los dirigentes que tomaron el relevo a las colonias fueron con frecuencia individuos investidos popularmente de un prestigio considerable, que les permitió en un primer tiempo el enfrentamiento con los poderes metropolitanos y más tarde gobernar con sincero apoyo de las poblaciones. La procedencia de este carisma, bien definido por Weber²⁰, no se hallaba tanto en la excepcionalidad de los líderes de las independencias como en la función monárquica que desempeñaban, probablemente de forma inconsciente, ya que ellos se consideraban buenos demócratas o socialistas y no monarcas tradicionales.

Con la salvedad de un Kenyatta ayer y de un Mandela hoy convencidos de su insustituible función personal como aglutinadores de la sociedad, los restantes presidentes carismáticos dispusieron de un capital moral que pronto dilapidaron en proyectos desmesurados de imitación occidental. El rechazo de los países de larga trayectoria parlamentaria a las figuras cuasi-regias que abundan en la política africana es una concepción estrechamente local que desconoce que el rey por excelencia en África es aquel que protege y preside sin estorbar el curso libre de la sociedad. El ejemplo último y más genuino lo ha dado Nelson Mández, carismático por sus 27 años de encarcelamiento, por su inquebrantable fe en una Suráfrica plurirracial, pero asimismo por su magnetismo popular que ha permitido el pacto con los enemigos blancos y negros donde otros habían fracasado.

La dificultad mayor no es, pues, la interiorización monárquica de la democracia política –la historia africana prima el consenso– sino la reelaboración por parte de los políticos de proyectos verdaderamente innovadores, adaptados a las trayectorias africanas y respondiendo en presente a las nuevas urgencias de los pueblos de África. La gran cuestión pendiente, en las postrimerías de este siglo, no es la desaparición moral de África bajo soluciones tradicionales occidentales (negros de alma blanca) sino la génesis valerosa de proyectos arraigados en la historia del continente y con incorporación de elementos modernos. Esta tarea, durante tres décadas, ha sido la gran asignatura pendiente de la minoría occidentalizada de África: tal vez logre asumirse, finalmente, como profundamente africana y decididamente innovadora. La era de los mimetismos, en África, está agotada.

Notas

¹ A. Césaire, *Discours sur le colonialisme*, París, 1955.

² A. Planells, *Meridiano 76. Diario del primer viaje de Vasco de Gama*, Barcelona, 1991.

³ S. Miers-I. Kopytoff, eds., *Slavery in África. Historical and anthropological perspectives*, Wisconsin, 1977.

⁴ A. Vasa, *Los viajes de Equiano*, La Habana, 1984.

⁵ Para las tesis minimalistas, Ph. Curtin, *The Atlantic slave trade: A census*, Wisconsin, 1969. Para las consecuencias en África, B. Davidson, *Madre negra. Los años de prueba*, Barcelona, 1967. Para una estimación moderada de la demografía histórica africana comparada al resto del mundo, Beinhard-Armengaud, *La population mondiale dans l'histoire*, París, 1973.

⁶ J. Suret-Canale, *Afrique noire occidentale et centrale*, vols. II y III, París, 1971-1973.

⁷ R. Furon, *Géologie de l'Afrique*, París, 1960.

⁸ G. Padmore, *Panafricanism or Communism? The coming struggle for África*, Londres, 1956.

⁹ F. Iniesta, *El planeta negro. Aproximación histórica a las culturas africanas*, Madrid, 1992.

¹⁰ J. Robinson, *Aspects of development and underdevelopment*, Cambridge, 1979.

¹¹ J-F. Médard, *États d'Afrique noire*, París, 1991

¹² M. C. Diop, ed., *Sénégal. Trajectoires d'un État*, Dakar, 1992.

¹³ J. Bazin-E. Terray, eds., *Guerres de lignages, guerres d'états*, París, 1982.

¹⁴ H. Brunschwig, *Le partage de l'Afrique noire*, París, 1971.

¹⁵ J. L. Amselle, *Logiques métisses*, París, 1989.

¹⁶ J. Rabemananjara, *Nationalisme et problèmes malgaches*, París, 1956.

¹⁷ M. Abdi, "Crise d'identité en Somalia", *Studia Africana*, núm. 5, Barcelona, 1994.

¹⁸ *Mfekane* es el término nguni que define el movimiento militar zulú de aplastamiento total de la resistencia adversaria. En las tres primeras décadas del pasado siglo, los amazulú de Chaka obligaron a emigrar a los sotho, swazi, tswana e incluso a tracciones zulúes como las de Zagwendaba y Shosangane: el *difekane* fue la diáspora producida por esas guerras.

¹⁹ J-F. Bayart, *L'État en Afrique*, París, 1989.

²⁰ M. Weber, *Estructuras de poder*, Buenos Aires, 1985 (primera edición, 1911).